

Anagnórisis en “La Vorágine” de Rivera

Escribe: RAFAEL OSUNA

University of North Carolina

Parecería una perogrullada afirmar que en una obra como *La Vorágine*, que evidentemente es una novela, existen innúmeros elementos ficticios. Se ha volcado tanta tinta sobre su carácter documental e histórico y sobre el realismo de sus páginas que tal afirmación, sin embargo, poseería el valor, cuando menos, de servir de toque de atención a quienes cegatamente tienden a ver sólo pura historia en ella. Hay mucho de ficticio aquí, mucha situación novelesca, para no verlo siquiera sea en una veloz ojeada. No es nuestra intención por ello poner de relieve todos esos elementos imaginados, sino solamente aislar uno de ellos —la anagnórisis o agnición—, que por estar más oculto que los otros sirva, por un lado, de excelente botón de muestra y, por otro, para calificarlo como rasgo muy personal, y ello a causa de su insistencia, del novelista colombiano. La íntima trabazón del mundo soñado con el vivido, bellísimo logro estético de esta obra, resaltará mejor de este modo.

Vaya como paréntesis introductorio la siguiente aclaración: de pocas novelas modernas mana mejor que de *La Vorágine* el hondo y viejo caudal de la tradición narrativa. A pesar de lo mucho nuevo que aflora en esta obra —sea su temática, su alcance social, su personalísimo tono, su imborrable estilo—, la presencia grávida de una tradición antiquísima se afirma en ella muy a menudo. Esta característica, que en nada desdora la modernidad de la novela, se muestra repetidas veces en las antañonas situaciones novelísticas que en ella aparecen, de las que las anagnórisis son sólo un espécimen. Un estudio de *La Vorágine* en sus

paralelismos con la novela bizantina, por ejemplo, rendiría muy sabrosos frutos. Quieren servir estas breves apuntes para corroborar parcialmente nuestros juicios anteriores, así como de humilde umbral a ese posible estudio.

El reconocimiento inesperado de un personaje por otro ha constituido durante siglos uno de los ingredientes más socorridos con que los novelistas han aliñado sus narraciones. Muy del paladar de lectores pretéritos, este ardid servía para poner inesperadamente en contacto a personajes cuyas vidas discurrían caminos divertidos, si bien escondidamente paralelos. La anagnórisis, o reconocimiento de la verdadera identidad de una persona, venía así prestamente a fusionar sus vidas en un punto del tiempo y del espacio: esto es, destrucción del infinito argumental mediante dos paralelas que se juntan. Para el narrador de antaño, este precipitado de la alquimia novelística le ayudaba a crear una situación preñada de dramatismo y sorpresa —sorpresa sobre todo—, así como para atar dos nudos argumentales en uno solo: de ahí a la peripecia sólo faltaba una pulgada. El hermano que reconoce a su hermano bajo el anfibológico disfraz, el marido o padre que reconoce a su esposa o hijo, el vasallo que reconoce a su rey, y así *ad infinitum*, son situaciones argumentales que todo lector ha encontrado bajo múltiples revestimientos en tanta harina novelada como ha salido ya de los costales de la literatura. Aunque típicas de la novela bizantina, estas situaciones no son privativas de ella ni se han favorecido en una sola época ni en una sola literatura nacional: en todos tiempos y lugares, en todo género literario —especialmente en el teatro— han encontrado bienvenida. La Colombia del siglo XX y José Eustasio Rivera en su *Vorágine* son atestaciones a esta verdad.

Permítanme comenzar con Pepe Morillo Nieto, por mal nombre el Pipa, personaje al que por sus varias y súbitas apariciones y desapariciones de la novela me arriesgaría a calificar de verdadero Guadiana literario. En calidad de comisario se lo encuentra por vez primera Arturo Cova, protagonista de la obra, yendo éste hacia Villavicencio (1); esa misma noche desaparece con el caballo y la silla del héroe; esta última, que ha pasado a otras manos ahora, la encuentra Cova días y páginas más adelante (2). Cuando este personaje se ha borrado casi completamente de la memoria del lector, éste se lleva una sorpresa al verlo de nuevo. Pero dejemos que Rivera nos lo cuente:

Destemplado por la zozobra, me atrasé de mis camaradas cuando nos alcanzaron los perros. De repente, la aulladora jauría, con la nariz en alto, circundó el perímetro de una laguna disimulada por elevados juncos. Mientras los jinetes corrían haciendo fuego, vi que una tropa de indios se dispersaba entre la maleza, fugándose en cuatro pies, con tan acelerada *vaquía*, que apenas se adivinaba su derrotero por el temblor de los pajonales. Sin gritos ni lamentos, las mujeres se dejaban asesinar, y el varón, que pretendiera vibrar el arco, caía bajo las balas, apedazado por los molosos. Más con repentina resolución surgieron indígenas de todas partes y cerraron con los potros para desjarretarlos a macana y vencer cuerpo a cuerpo a los jinetes. Diezmados en las primeras acometidas, desbandáronse a la carrera, en larga competencia con los caballos, hasta refugiarse en intrincados montes. “¡Aquí, *Dóllar*, aquí *Martel!*”, gritaba yo de estampía, defendiendo a un indio veloz que desconcertaba con sus corvetas a dos perros feroces. Siguiéndolo siempre, paralelo a las curvas que describía, lo vi desandar la misma huella, gateando mañosamente, sin abandonar su sarta de pescados. Al toparme, se enmatorró, y yo, receloso de sus arrestos, paré las riendas. Mas de rodillas abrió los brazos: “¡Señor intendente, señor intendente! ¡Yo soy el Pipa! ¡Piedad de mí” (3).

He aquí, pues, la primera agnición de la novela: un personaje que se creía ser indio guahibo resulta poseer la identidad del Pipa. Para Arturo Cova la sorpresa no es menor que para el leyente. En adelante, el cuatrero va a seguir en la compañía de Cova y los suyos a través de las junglas amazónicas; una noche, sin más explicación, él y unos indios se fugan (4). Nada sabremos de él hasta mucho más adelante, cuando ya la odisea del Cova está llegando a su fin en los barracones del Guaracú; en la escena en que aparece, de sólo unas pocas líneas, le cercenan los brazos con un machete: (5) ya se cernirá el silencio definitivo sobre él hasta el fin del relato. He querido seguir brevemente la pista a este individuo para hacer constar lo mucho de novelesco que existe en sus entradas y salidas del mundo del relato.

La segunda anagnórisis va a suceder a no mucho espacio de la primera. Si antes fueron Arturo Cova y el Pipa los polos de ese encuentro, ahora lo serán dos viejos compañeros de armas: Franco y Helí Mesa. Reparemos en la similitud de ambas situaciones: también en ésta se halla en peligro la vida del reconocido, a quien sólo el ardid novelístico puede salvársele. Antes de dejar de nuevo la palabra al gran novelista, recordemos que lo siguiente ocurre en plena selva y que los protagonistas de la escena no se han visto desde mucho tiempo atrás:

El Pipa nos trajo nuevos informes: Era una canoa ligera, con techo de palma entretejida. Al notar que en la sombra andaban indios, apagó el candil y sesgó rumbo. Debíamos acecharla, hacerle fuego.

Como a las once del día, remontó a palanca, con sigilo, escondiéndose en los rebalses, bajo los densos guamos. Se empeñaba en forzar un chorro, y, por escaparse al remolino, tocó la costa para que un hombre la cabestreará al extremo de la cadena. Enderezamos hacia el boga la puntería, mientras que Franco le salió al encuentro con el machete en alto. Al instante, el que timoneaba la embarcación exclamó de pie:

—¡Teniente!, ¡mi teniente!, ¡yo soy Helí Mesa! Y saltando a la orilla, se apretaron enternecidos (6).

La tercera parte de esta vertiginosa novela nos va a brindar dos preciosas muestras, ambas a cortísima distancia. Estas dos situaciones, también muy semejantes entre sí, tienen a Cova como agente de la agnición y a dos bogotanos como pacientes de ella. Creo necesario señalar la escasa verosimilitud que posee la proximidad de ambos encuentros, aunque sí éstos aisladamente; el deseo de acentuar el dinamismo de las páginas finales es, sin duda, el que impulsa a Rivera a crear estos esfuerzos imaginativos. La primera de estas anagnórisis acaece en las barracas del Guaracú:

Mientras íbamos caminando, estremecidos de indignación, observé un semitecho de *mirití*, sostenido por dos horcones, de los cuales pendía un chinchorro misérrimo, donde descansaba un sujeto joven, de cutis ceroso y aspecto extático. Sus ojos debían detener alguna lesión, porque los velaba con dos trapillos amarrados sobre la frente.

—¿Cómo se llama aquel individuo que se tapó la cara con la cobija, como disgustado por mi presencia?

—Un paisano nuestro. Es el solitario Esteban Ramírez, que tiene la vista a medio perder.

Entonces, acercándome al chinchorro y descubriéndole la cabeza, le dije con voz tenue y emocionada:

—¡Hola, Ramiro Estévanéz! ¿Crees que no te conozco? (7).

Para ahorrarnos palabras inútiles, dejo a Rivera que nos explique los antecedentes de este individuo:

Un singular afecto me ligó siempre a Ramiro Estévanéz. Hubiera querido ser su hermano menor. Ningún otro amigo logró inspirarme aquella confianza que, manteniéndose dignamente sobre la esfera de lo trivial, tiene elevado imperio en el corazón y en la inteligencia.

Siempre nos veíamos, nunca nos tuteábamos. El era magnánimo, impulsivo yo. El optimista; yo, desolado. El, virtuoso y platónico; yo, mundano y sensual. No obstante, nos acercó la desemejanza, y, sin desviar las innatas inclinaciones, nos completábamos en el espíritu, poniendo yo la imaginación, él la filosofía. También, aunque distanciados por las costumbres, nos influímos por el contraste.

.....

Antaño, apenas supe que galanteaba a cierta beldad de categoría, quise preguntarle si era posible que un joven pobre pensara compartir con otra persona el pan que conseguía para sus padres. Nada le dije a fondo porque me interrumpió con la frase justa: ¿No me queda derecho a la ilusión?

Y la loca ilusión lo llevó al desastre. Tornóse melancólico, reservado, y acabó por negarme su intimidad. Con todo, algún día le dije por indagarlo: Quiera el destino reservarle mi corazón a cualquier mujer cuya parentela no se crea superior, por ningún motivo, a mi gente. Y me replicó: Yo también he pensado en ello. ¿Pero qué hacer? ¡En esa doncella se detuvo mi aspiración!

Al poco tiempo de su fracaso sentimental no lo volví a ver. Supe que había emigrado a no sé donde, y que la fortuna le fue risueña, según lo predicaban tácitamente las relativas comodidades de su familia. Y ahora lo encontraba en las barracas del Guaracú hambreado, inútil, usando otro nombre y con una venda sobre los párpados (8).

Este singularísimo encuentro de dos viejos amigos en parajes remotos sirve para reanudar el hilo de la vieja amistad. Ramiro Estévanéz, casi invidente ya, no cesa de narrar a Arturo sus infortunios. Preciso se me hace seguir copiando de la novela.

Lo que más me dolió de cuanto contaba, fueron las inauditas humillaciones a que dio en someterlo un capataz a quien llamaban *El Argentino*, por decirse oriundo de aquel país. Este hombre, odioso, intrigante y adulador les impuso a los siringueros el tormento del hambre, estableciendo la práctica de pagar con mañoco la leche de caucho, a razón de puñado por litro. Había llegado a las barracas del Guaracú con unos prófugos del río Ventuario, y, queriendo vendérselos al Cayeno, convirtiéndose en explotador de sus propios amigos, forzándolos con el foete a trabajos agobiadores, para demostrar la pujanza física de los cuitados y exigir por ellos óptimo precio. Gerenciaba también el zarzo de las mujeres, premiando con sus cuerpos avejentados la abyección de ciertos peones (9).

Queda el lector, después de estas palabras, impaciente por entrevistarse con este personaje que tan tardíamente surge en la novela, uno más en esa pavorosa galería de criminales que *La Vorágine* retrata. En el mismo punto en que el desastrado Esté-

vanez está relatando las desventuras que le ha acarreado este hombre, llegan unos gomeros de vuelta de su ignominioso trabajo:

Llegó con ellos y con el Váquiro un individuo que usaba abrigo impermeable y esgrimía en los dedos un latiguillo de balatá. Hizo limpiar una gran vasija y se puso a medir con una totuma la leche que cada gomero presentaba, atortolándoles con insultos, con amenazas y reclamos y mermándoles el mañoco a que tenían derecho para cenar.

—Mira —exclamó temblando Ramiro:— ¡Mi hombre es aquel sujeto del impermeable!

—¡Cómo! ¿Ese que me observa por bajo del ala del sombrero? No hay tal argentino. ¡Ese es el famoso *Petardo Lesmes*, popularísimo en Bogotá! (10).

He aquí de nuevo el elemento de sorpresa empleado sabiamente por Rivera. Un individuo al que todos creen ser argentino viene a ser bogotano y, por si fuera poco, bien conocido de Arturo Cova. Su verdadera identidad queda desenmascarada en el párrafo, prodigio de ironía, que éste le espeta a continuación; por él nos enteramos del desfalco realizado en Bogotá que le obliga a camuflarse de la justicia en medio de la jungla.

Son hasta ahora, pues, cuatro las anagnórisis que encontramos en esta novela; no pocas, a decir verdad, para una novela escrita en este siglo iconoclasta del pasado. Pero no son todas. José Eustasio Rivera va a insistir en ellas, aunque ahora no sean propiamente anagnórisis, sino variantes. Me refiero al reconocimiento, no de persona a persona, sino de persona a cosa: la estructura, con todo, es la misma. Veamos lo que hay de esto.

El primer ejemplo lo hallamos cuando Miguel, un subordinado del enganchador Barrera, viene a La Maporita para amanecer una cita amorosa entre su amo y la niña Griselda. Recordemos aquí algo ya aludido de pasada: a Arturo Cova, le quitó el Pipa su caballo y su montura en Villavicencio. Pues Bien, este Miguel viene ajinetado en esta última, a la que Arturo Cova, que se halla en la estancia, identifica de inmediato:

—¿Quién te vendió esa montura —dije—, reconociendo la mía, la misma que me robaron en Villavicencio.

—Se la mercó el señor Barrera a un guate que vino del interior, hace dos semanas. Dijo que se la vendía, porque una culebra le había matao el cabayo (11).

Lo curioso del caso es que este incidente no juega papel alguno posteriormente en el relato. La insistencia en el recurso por el recurso mismo queda así patente.

En la historia del cauchero Clemente Silva detectamos otra variante de no poco interés, sobre manera teniendo en cuenta que gran parte del material de este relato, a más de muchos personajes de él, es estrictamente histórico. Recordará el lector la odisea de este ulises selvático en busca de su hijo Luciano, a quien le deja mensajes grabados en los árboles en un patético esfuerzo por comunicarse con él. Dejo a un lado todo lo que me sugiere esta bellísima intercalación para fijar mi atención sólo en el momento en que, acompañando al científico francés, se aproxima a un árbol que éste desea fotografiar. Según la cuenta el propio Silva, la cosa es como sigue:

—¿El señor desea tomar alguna fotografía? —le pregunté—.

—Sí. Estoy observando unos jeroglíficos.

—¿Serán amenazas puestas por los caucheros?

—Evidentemente: aquí hay algo como una cruz.

Me acerqué congojoso, reconociendo mi obra de antaño, desfigurada por los repliegues de la corteza: "*Aquí estuvo Clemente Silva*". Del otro lado, las palabras *Lucianito: Adiós, adiós...*".

—¡Ay, mosiú! —murmuré—, ¡esto lo hice yo!

Y apoyado en el tronco, me puse a llorar (12).

No olvidemos que ambos se encuentran en medio del tumulto vegetal de las junglas del Amazonas, en donde imagino que topar dos veces con un mismo árbol es como encontrar una aguja en un pajar. De nuevo, pues, la identificación sorprendente de algo cuya identidad se ignoraba; *falsos* jeroglíficos y *verdaderas* palabras propias.

El último ejemplo lo encontramos ya casi al terminar la narración, cuando está a punto de acabar la febricitante búsqueda de la niña Griselda y Alicia por parte de Franco y Arturo Cova. Un hecho casual —¡demasiadas casualidades son éstas!— va a darles, por último, la pista de donde ambas se encuentran: Arturo Cova, que mantiene comercio pasional con la turca Zoraida, va a ver a ésta:

Cogíle las mejillas, sin saber dónde besarla, cuando, de pronto, retrocedí, descolorido de emoción y gané la puerta.

—¡Franco, Franco, por Dios! ¡La madona con los zarcillos de tu mujer! ¡Con las esmeraldas de la niña Griselda! (13).

Franco, al recibir, la noticia, sufre una violenta conmoción, pero insiste en cerciorarse de la verdad del hallazgo, lo que hace mediante un sencillo truco. Poco después, encuentra a la poseedora de los zarcillos en las proximidades. Se observará que en este caso se trata de una verdadera anagnórisis: aparición súbita de algo que hace girar la marcha argumental, identificación de la verdadera poseedora de los aretes y ese elemento de sorpresa tan típico del reconocimiento.

Nos ofrece así *La Vorágine* de Rivera una misma situación novelística multiplicada con ligeras variantes siete veces. A pesar de la verosimilitud conferida a todas ellas por el hondo talento del escritor americano, no se les puede negar al mismo tiempo de génesis novelesca. Como que, a fin de cuentas, no son sino pervivencia de un topos de vigencia antiquísima que desde Grecia y Roma llega a todas las literaturas europeas tanto medievales como renacentistas: la anagnórisis.

NOTAS:

- (1) Manejo la 7ª edición de la Editorial Losada, Buenos Aires, 1942, pág. 15.
- (2) *Ib.*, pág. 50.
- (3) *Ib.*, págs. 87-88.
- (4) *Ib.*, pág. 127.
- (5) *Ib.*, págs. 240-241.
- (6) *Ib.*, pág. 112.
- (7) *Ib.*, pág. 203.
- (8) *Ib.*, págs. 203-205.
- (9) *Ib.*, pág. 207.
- (10) *Ib.*, pág. 208.
- (11) *Ib.*, pág. 50.
- (12) *Ib.*, pág. 148.
- (13) *Ib.*, pág. 224.